

1989 *Una pasión me domina*, México, Ediciones
Toledo (colección poesía)

Parte de los 19 libros de poesía publicados por
Ediciones Toledo en 1988-1990.

UNA PASIÓN ME DOMINA

HUELLAS EN EL PAISAJE

JESÚS MARÍA

El río crecido es todas las aguas.
Bandeja, horada las piedras.
El sol enjarra las orillas.
No es la cañada,
ni la ladera (verde tierno
de huizaches repetidos),
ni las rocas redondeadas:
sólo agua lodosa que corre,
remansos, remolinos,
espuma y olas leves,
madera quebrada en las vertientes.
El río se angosta y apresura;
a lo lejos la playa se alarga
con vuelo de patos
y un zumbido de chicharras
quebrando el aire
de la tarde.

AURA

Bordea el barranco
a ras de carretera.
Cabeza ensangrentada
sobre un collar barroco
de plumas blancas.
Nos cruza, se adelanta,
desaparece paisaje abajo
entre las curvas.

NUEVA INGLATERRA

Los árboles conservan hasta la última rama,
y guardan al bosque su neblina;
la humedad pinta filamentos contra el cielo.
El viento presta diapasón cristalino a las
escarchas.

Bajo los pasos, las hojas aprisionadas en el
hielo

niegan la sentencia de Heráclito y su río.
Cada palabra se arropa en un vahó tibio
y nuestra ruta queda marcada sobre el frío:
borrada por la ventisca
o la próxima nevada.

PAISAJE DE OÍDAS

La arena resbala,
cura con fríos extremosos la fiebre delirante
de los días.

Sólo la sombra de sí misma —negada en el cénit—
matiza la semejanza de las dunas.

El aire pinta olas en los flancos
—nostalgia de marea quebrando su destino de
poliedro.

En movimiento perpetuo su retahíla susurrante
lanza espejismos a la caravana:

los beduinos se embozan,
los camellos cierran los párpados
y prosigue la ruta en la tormenta.

El mangle se refleja y se copia, exuberante.
Ramas y raíces
se enredan en una mímica sin orden previsible.
Perpetuo bochorno en aguas que no llegan a
juntarse.
Zumbido constante y reptiles vestidos de
verde ;
para engañar el paso equilibrado de las garzas;
En este charco incierto
la sal sube por cada junco y vuelve a caer en
la marea:
el río logra así el diario sustento
bajo el roce tibio de un mar que tiende brazos.

QUERÉTARO

Sobre el árbol seco
los zanates son follaje sombrío
en el crepúsculo.

Dibujan las frondas
con graznidos
que pronto borrará la noche.

SEMANA SANTA

Campos de espinos y huizaches
-corazón de piedra y flores amarillas-
recuerdan el Santo Martirio.
Hacia el mar ruedan
el asfalto y la cuaresma.

El polvo recoge los matices:
del gris al siena,
del terracota cocido a mediodía
al tierra verde pintado en los magueyes.
Las montañas muestran fallas
de vetas quebradizas.

Dos garzas:

hay humedades visibles
sólo a vuelo de pájaro.

AVES NEGRAS

Sobre la cerca
la solemnidad del cuervo:
pintan los caminos de levitas repetidas.

Los tordos imitan
al trigo en sus parvadas:
ondulan, levantan, suben, al ritmo
del viento -¡ese populista!

El mirlo pasa
de largo por el sueño,
te despierta,
sale del encierro
por un hueco de amanecer
que entra a tus ojos.
El lechó renueva
su hospedaje
sin recuperar las alas.

La fe desperdigada
se arremolina
y levanta tolvaneras,
en su intento proverbial:
mover montañas.

PAISAJE CON LUNA

Tu mano,
palma bendita.
en Domingo de Ramos.
Tejida de blanco
levanta
mis plexos
hasta la resurrección.

La mariposa busca
la luz
tras mi ventana.
Mi insomnio
se incorpora
a cerrar
el falso goteo
de una llave.

LA ENSALADA

Del centro de la col cae una gota:
abalorio sobre el terciopelo tenue.
Junto al cogollo, una rana.
Deslumbrada se deja estar
en la tibieza de mis manos.
Añora las bóvedas olorosas
canceladas por la próxima hoja
del encierro.
Ignora mi cuchillo
que sorprende la revelación
en pleno claustro
y salta.

SIESTA

Dormiría cien años

si no fuera por el calor, las moscas:

culpa de los quehaceres

zumbando en los oídos de la siesta.

TLALPAN

Se encharcan las calles,
se detiene el tránsito bajo los puentes.
Un pasajero, junto, guiña el ojo.
Sonríó: Pero es imposible sostener
un gesto, efímero, embotellados.
Volteamos. Los niños asoman
tras signos invertidos sobre el vaho.
Un trozo de cielo seco
concentra toda la luz de la tarde
tempranamente oscurecida en la tormenta.
El horizonte escapa por un hueco,
dora las nubes.
La luz brilla en el filo de las hojas
y clava agujas en los árboles doblados.
Incluso aquí
la luz, la lluvia y el poniente
son la imagen misma
que concuerda, en la memoria,
con la estampa que ilustra la revelación
piadosa.

NO HACE VERANO

Camino distraída. El sol a mis espaldas.

Más rápida que su explicación

una sombra cruza mi cabeza.

De oído a oído

ensartada en el vuelo de una golondrina.

En breve conjunción sombría

pierdo el hilo de las cavilaciones

cortadas por un rápido tijeretazo

que no he visto.

LA CONCHITA

En las calles
empedradas confidencias.
Las preguntas son las mismas
sucede que siempre fuimos otros:
el parque, los setos triangulados
de azucenas, los platanillos rojos.

El aire vive de prestado,
al día, convalesciente
tras el calor de la tarde que amenaza lluvia;
se arroja en un sueño
donde se dicen con naturalidad
el vuelo, la muerte y el incesto.

El crepúsculo pone emplastos frescos
a la fiebre y las heridas.
Oscurece, me despido:
no es necesario dejar complicidades
en las bancas
o junto a la capilla.

Hoy empezó anoche.
Luna y lluvia anticipaban
esta clarísima mañana.
Los volcanes.
Volcándonos de euforia
nos lavamos:
podríamos borrar
el techo
de nuestras oficinas.

Sobre el piso rojo
y el sol vertical
gatea mi hija.
Cerca de ella
una calandria
picotea el pan
abandonado.
Intenta tocarla.
Estira la mano.
Entro:
en mi vientre,
mi hijo anuncia un trino
al moverse.
El ave huye.

UTOPIA
Para D.V.

UTOPIA O UTOPIA (del griego *ou*, no y *topos*, lugar): lugar que no existe. Tomado del libro que publicó el inglés Tomás Moro con el título de *Utopía*, describiendo una república imaginaria. F. Plan, proyecto, doctrina, o sistema, halagüeño pero irrealizable.

Deseo (del lat. *desidium* por *desiderium*): m. Movimiento enérgico de voluntad hacia el conocimiento, posesión o disfrute de una cosa.

(*Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*)

I. DEDICATORIA

Sólo hay definiciones esclarecedoras
en el silencio final de la utopía.
Mientras tanto, no pueden salvarse las
distancias,
en las encrucijadas acechan las esfinges.
Podría llamarte cualquier nombre:
decantador de verbos,
diccionario de sinónimos,
guardián de umbrales,
etimológico resguardo de raíces.
En ti convergen la limpia del mal de ojo,
la imagen de la tierra prometida,
el rezo alcanzando al doble cautivo.
Adivinación del sueño y los maíces,
eres quien sabe del laberinto y del deseo.

II. NO HAY TAL LUGAR

Lugar oscuro, secreto, intercambiable:
selva, desierto, ínsula, manglar, ciudad en
ruinas, estero.

Enorme hueco, pozo de donde brotan las pasiones,
a donde regresan fatigadas.

Vía del alma separada en sueños, sustos,
agonías febriles
y ausencias que pisan la sombra de la muerte.
Lugar con resonancia de agua —llevamos su
marca:

el ombligo, la coronilla y el espasmo.
En los dedos, veinte rastros de tormenta lo
recuerdan.

Resquicio donde la revelación espera,
guardada entre sus vetas de recuerdo
—inmóvil celda fósil de los ámbares.

Sitio cruzado por urdimbres de relatos
y espíritus de viento ululando en descampado,
recorrido con ligereza de larva sobre el agua,
circular en la baba de la araña.

Repta sobre el vientre hasta la apretazón de la
lujuria.

Dicta parlamentos desde la media luna del
proscenio,

mueve con cuerdas de tramoya los paisajes,
apunta las arias del virtuoso.

Guarda las decepciones y rencores
(los exhala con vaho de anciano
y aliento de carroña sobre los próximos
derrumbes),

susurra obscenidades a la espera
truculencias al insomnio,
deudos dolientes al verdugo.

Nostalgia del navegante,
iluminación de peregrinos,
fe de adelantado en selvas enredadas.

Recinto que accede a la rutina sobre el lomo
mullido

sin reclamos de amante enardecida.

Hurga traspatios y tapancos,
a solas en la heredad que algún día ha de serle
adjudicada.

Vuela con aureolas sobre arrebatos místicos,
brilla en los cometas de las epifanías,
está en júbilos y en comuniones.

Marca el tiempo a las bocas y a las manos,

lleva el ritmo en los desfiles del cuerpo
victorioso.
Se trenza en batallas
con los cabellos recién cortados de las niñas,
—su placer, guardado aún bajo el capelo
de una falda almidonada.
Roe con ambición los escalones,
trama celadas desde la sumisión agazapada,
cobra cuotas de humillación desde las cúpulas.
Suelta amarras. Desata el temporal sobre los
argonautas,
pierde el aliento en tarantelas, galopa en
círculos con la amazona.
Cierra los ojos, tiñe de lujo oriental los
festivales,
guarda el olvido: vuelve la amnesia por sus
fueros
para sobresalto de las pesadillas.
Único lugar que conoce amores absolutos,
ideas claras y distintas,
exactitud de onanista en el amante,
potencia en la cabeza de los santos.
Se pretende mineral vegetal, animal;
olvida los campos parcelados,
las leyes de la evolución y sus razones.
Sitio más lejano que la imaginación,
más antiguo que los ancestros,
más recurrente que las inundaciones en los
bajos deltas.
Se sabe Babel. Rotundo, finalista.
Conoce la fecha exacta
donde comienza la cuenta de los días,
imperla en todo clima.
No puede tenerse ni narrarse.
Reino del tal vez y los hubieras.
El que no ha lugar ni tiene sitio. La utopía.

III. UN CUARTO MENGUANTE

Pretendo encauzar el sueño sobre timbres y
minutos:

encabalgado sobre otro, el plagio no resulta.
El día toca mis pies. El agua lame mis plantas.
Las imágenes robadas a la noche se enredan
en vueltas jabonosas por el hueco del desagüe.
La luz y el agua tocan la cara oculta de mi
abrazo

-forro de mi caricia-
haciendo ocultas alianzas a tu espalda
o con la mesa donde escribo, con broches de
pulseras
y ríos azulados bajo la piel de las muñecas.
En la madera, las vetas son oleaje detenido,
ondulación quebrada por los nudos, vuelo
suspendido de polillas,
resquicio de marquetería, ojo atento en el
interior
de los cajones, memoria de ramas fallidas,
percances relatados en las tablas.
La pelusa recupera su fantasía de vuelo, se
desprende del piso al golpe de la escoba,
danza a trasluz con arcoiris,
halla un sitio detrás de los espejos.
En el techo el confitillo pregonar un viaje
acelerado
de la piedra hacia la arena, reta la gravedad
de los relojes,
fija su falsa playa en los plafones.
No es con luces tempraneras ni de noche.
Tarde, en el cuarto
podríamos estar aún a tiempo.
El caracol abre su tapa nacarada
y deja salir su cuerpo. Lame la sal
sobre las rocas
vuelve a su sitio usual -sobre la mesa.

IV. SANTIDAD

El silencio llena de diálogos la frágil
castidad del ermitaño,
alucina tentaciones.

Un pez anuncia días de ayuno desde los
calendarios.

La cuaresma tiene escamas, refleja la luz
quebrada de las aguas cada viernes.

El aleteo de los serafines
abanica el dulce tránsito de los pecados.

El ángel de la guarda está de asueto
con venia para escapar del aceite inflamado
y la encomienda de las almas.

V. JARDÍN DEL PARAÍSO, PARQUE SAN MARTÍN

La góndola se balancea en la feria,
da vueltas de fortuna,
gira sobre goznes,
va sobre ruedas.

El espejismo del chapopote seco
echa cardillo al sol,
conoce el secreto del agua
a mediodía, como el vidrio callejero.

Junto a los fresnos el resguardo es umbrío,
más afuera luz y hojas
pintan leopardos aplanados
bajo las carreras.

Los caracoles más pequeños
(concha suave y transparente)
ceden al tacto desde la guardería
en el corazón poroso de los alcatraces.

Los pinceles son amuletos azules
(dedos cruzados, buen agüero)
manto guadalupano
frente a cualquier percance.

En las palmas se hunden
el vuelo precipitado de los pájaros,
el polvo de años
y racimos de dátiles sobre los camellones.

Caminos de tepetate llevan a troncos
simulados de cemento.
El agua verdosa cruzada por patos
bajo un puente con ardientes globos.

La mano separa el bolsillo
pegado por el almidón a la falda del vestido
y la moneda entra a una tiesa alcancía
de tela acartonada.

Seguimos adivinando a ciegas:
¿cruz o cuernos?,
haciendo equilibrios
a orillas de la infancia

congelando el movimiento, encantados,

aferrados a pilares de papel, de piedra, de oro,
titubeantes: ¿con melón?, ¿con sandía?
Tomando vuelo.

VI. LLEGAR A LA META

Media luna del columpio,
rayos borrados en la carrera de las bicicletas,
cielo del avión —sin mano negra, sin orejas—
cerillos de la matatena,
palomas cruzadas de la reata,
banqueta tomada, a saltos:
dos pies sobre mi nombre
en las casas de los caracoles.

VII. JARDÍN BOTÁNICO

Dejar la celda corporal, salir,
savia desde los capilares subterráneos hasta la
clorofila,

volver al seno de la tierra, hincharse
tras la loca bajada de la lluvia,
semearse a las semillas antes de su arribo a
la cocina,
abrirse en dos, seguir las guías, estirar los
brotes.

Concertar con la luz bellos tropismos,
armar pulpa jugosa en cada gajo,
acomodarse a la convivencia como la granada
china

-múltiples ojos de pescado resguardados en
lechos esponjosos,
recinto manchado que linda entre la piel y la
madera suave.

Redondear los piñones como cantos en los
playones de los ríos.

Tener el penacho y las serpentinas de un
helecho.

Estirar los dedos espinosos y abrir las yemas
en el floricuerno o el galán de noche,
los cinco pétalos de los malvones y la copa de
oro.

Guardar los brotes en las cañas del bambú,
arropados en un murciélago

con vientre de seda y ahuates en el lomo.
Volar con hélices y celofán en las semillas,
ser derviche desde una vaina abierta.

Llegar a la apretada y armónica promiscuidad
del chícharo.

Mancha colorida que derrama el liquen en las
piedras,

cenicienta y olorosa amargura del ajeno,
lágrima de niño

mala mujer

maravilla

velo de novia

cuernos del toro

huele de noche

estrella sobre el lomo del peyote o la biznaga.

Hallar el hueco luminoso en el follaje con la
astucia siempre verde de los pinos.

Invertir cuellos barrocos y hacer faldas en las
campánulas y los aretillos.

Tener la loca ondulación o la caída libre de un
mastuerzo,
su espuela colorada, su collar de perlas sobre
las hojas tras la lluvia.
Ser almeja sobre las jacarandas, percusión
vertical de carrizo junto a las lavanderas,
breve viajera espinosa en los pelajes y en los
calcetines.
Espantar insectos y demonios con la eficacia de
la ruda y de los pericones.
Curar fiebre y cólicos con manzanilla,
estafiate, poleo.
Espolear la lengua en las cazuelas con orégano.
Ser alfombra en la humedad sombría con el musgo.
Negarse al menor roce con el pudor avergonzado
de la sensitiva.
Sudar abalorio o devociones en la corteza del
copal y el liquidámbar.
Tener secreta alianza con la abeja,
pegajoso maquillaje en los estilos,
polvo de gis en los estigmas.
Paja, liana, goma, madera suave de corcho,
palo de tinte, quebracho.
Alcanzar la dulce podredumbre del pasto
recortado.
El Reino prometido es ya
de los insectos
del paisaje
del agua fresca y la ensalada,
del sueño asoleado con zumbidos
del aduanero y su serpiente.

VIII. JARDÍN ZOOLÓGICO

Tener la sombra del carrizo en el pelaje de los
tigres,

aparearse con la cautela de los puercoespines,
abanicar la muerte con el vuelo plano del
cortamortajas.

Hay sueños de lujuria en el cuerno del
rinoceronte

y de muerte en el polvo de las mariposas
nocturnas.

Los escarabajos ruedan sol y estiércol.

O el azar de las colas de la lagartija
y las moradas sucesivas de los cangrejos
ermitaños.

Ningún ciempiés desanda su camino
y la mosca reta la ley de la inercia ante los
vidrios.

Un vuelo igual de murciélagos y golondrinas
corta el rojo poniente de las tardes.

En los linderos vegetales, los zacatones;
en los del infinito, las escamas de los peces
bajo el agua orlada por el viento rasante;
en el de la obstinación, el zumbido de los
moscos

a orillas de los sueños.

La cochinilla arremeda al mercurio en la palma
de la mano.

La araña guarda el rocío en sus atarrayas
tenues,

la hormiga pone boca de playa a su recinto
y el carpintero ruido de artesano a la mañana.

La charlatanería húmeda del sapo,
la extraña tensión en las parvadas de los
tordos vespertinos,

la obstinación hexagonal de las abejas,
los altos remolinos de los buitres.

¿Por qué en cada rincón del agua
bajo cada piedra

en toda planta y toda cueva
cada cuál según su especie?

Y el sol, ¿por qué
despierta tal alharaca
entre las plumas?

Dios dedicó más días a silvos,
graznidos, voces y gruñidos
que al día y la noche o al descanso.

Adán nombró antes de salir del paraíso,
y el arca es impensable sin su anterior
designio.

Salomón tuvo el anillo. Sorprendido ante el
tumulto
escuchó con la piel, las uñas, el cabello
hirsuto.

Su voz perturbó a la Sulamita:
nombró gacelas a sus pechos
y como dulce cachorro, los lamía.

IX. CASAS SIDERALES

La luna es una mujer con la cara quemada.
La luna es un menstro sin preñeces que vive en
contubernio con conejos.
La luna es tajada de melón, media naranja,
ausencia total cuando se llama nueva.
La luna engatusa los oleajes, denota la locura,
hace cuentas particulares con buhos y
muchachas.

La tierra come pasos y caminos, tiene la piel
de polvo y piedra, el corazón enardecido.
La tierra escucha desde los pabellones de la
muerte.
La tierra sabe una lógica común al topo y al
cenote.
La tierra es madre renegada de la luna, ocupada
en seguir al sol en sus andanzas.

El sol es danza de fuego, rubia cabellera,
áurea promesa, estrella que grita al
atardecer su colorada prepotencia.
El sol es regalo en día de asueto, calor entre
semana, encandilado destello en los
umbrales.
El sol da panes de colores al que mira, sarapes
al que duerme, tarjeta postal a los
volcanes.
El sol se mete en todo sin ser llamado; sobre
la ruta de los signos, rueda pidiendo
asilo de casa en casa.

Los signos tienen doble cara, varían según las
latitudes.
Los signos son juego de dados en el cielo,
trabalenguas sideral, atributó zoológico,
elemento.
Los signos dan cauce a la suerte y ascendente a
la fortuna y la desdicha.
Los signos guían los pasos de una profusa
parentela.

No pueden competir con el romanticismo
argentino
ni la coquetería esquivia y voluble de la luna.

X. METAMORFOSIS

Conoces el destino revoloteante que encierra la
 crisálida
adherida al dorso de truenos y pirules,
el foco que llama a las polillas detrás de las
 ventanas,
el viaje dormido en la barca del capullo.
Yo debo aprender el vuelo, pasar del medidor
 que dobla el curso
y colores encerrados todavía entre las tramas
 de la seda
antes de abrir las alas con sus varillas tensas
sosteniendo en la noche dos vitrales y dos ojos.

Carezco de tu ciencia y me repliego
en apetitos insaciables sin memoria.
Anticipo el temblor de las alas al tenderse en
 la mañana.

Tú sabes el relato.
Yo me adhiero a mis estadios
con patas de ínfima ventosa,
con hilos frágiles,
con cautelosa antena.
Guardada una estación entera
sueño tan largamente con un corto vuelo.

XI. MILENIO

De hablarnos de tú a tú
podríamos ofrecernos hospedaje,
olvidar las mandas,
tus votos de silencio,
mí vocación de profeta vocinglera.
Nos dejaríamos aturdir por las trompetas,
creeríamos llegado el fin del tiempo,
tañeríamos con el bronce de los elegidos,
gozaríamos del retorno prometido.
Podría ser que hace mil años
-exactamente hace mil años.

BITÁCORAS

BITÁCORA DEL DILUVIO

Día 1

Supe que a mí alrededor todos morían, trataba de ocultar mi alivio. Quise dormir, por fin en paz. No lo permitían la lluvia ni el silencio.

Día 2

El ángel baja con su espada flamígera, el rayo me incluye en la condena: navegar la lluvia, húmeda de deudos, de incredulidad —ayer aún me sentía la elegida. Arca es el otro nombre de este cataclismo.

Día 3

Yo misma estoy nublada. No miro lejos. Narro la alcurnia y la traición de los ahogados. La lluvia arrecia con la solidaridad de mis lágrimas.

Día 4

Se dijo del agua; en algunos sitios se dijo también que sería oscuro. Nadie había hablado de este frío.

He sido preservada para decir el arrepentimiento de todos los caídos porque recuerdo los eslabones de mi genealogía, por saber el negro secreto de esta tribu. ¿Quién asoma al borde de estos gritos? Condena es narrar en soledad.

Día 5

Traté de detener la lluvia. Hice votos de castidad. La vida no pende de mandas o renunciaciones. Ésa fue, en primer lugar, la razón por la cual fuimos expulsados: el deseo que no pudo ser reconocido.

El cielo es una gran cúpula de plomo.

Día 6

Un trozo de sol y cielo iluminan el valle donde los lagos dilatan sus riberas. Falsa esperanza. El ruido del granizo en el naufragio no deja oír las letanías.

Día 7

Las palomas se mueren, los huertos se pudren,
los laureles se duermen. El lodo clausura
los quicios de las puertas. Los ríos se
desbordan. La ropa mojada se tiende en
casa.

SANTA GRUZ EN EL QUEMADO

Primer día. Jueves

1.

La luz abre su cola de guajolote
entre las nubes.
El sol se pavonea
antes de meter, la cabeza
bajo el ala roja.

2.

Una retahila de rayos.
Contra la luz del coche
mil pinos sueltan sus agujas de agua.
Un foco alumbra,
desde el cuarto abierto
una mujer mira el granizo:
destellos mercuriales azotan en la lámina.
Ríos profundos, restos del naufragio.
La tormenta cede
hemos de encontrar la ruta
-y el hielo ha borrado los carriles.

3.

-Luz. Aire. Niebla. Humo. Hielo. Agua...
-Y un dragón.
-Los siete umbrales.
Lo que cruzamos son conejos, por docenas.
Familias inmóviles, encandiladas.
El coyote arranca un grito a mi entusiasmo.
Contradice los cuentos
trota velozmente hacia el desierto
sin dejarse convencer de nada.

4.

El tren para
en la madrugada,
un vagón choca con otro
-como los truenos-
desde el centro de un círculo sonoro.
Hemos llegado al mismo tiempo.

Segundo día. Viernes

1.

Narras las flores
de la gobernadora.

Tu relato tiñe las ramas
y la carrera de las lagartijas.

2. Camaleones

Cautelosa, con una mano a cada lado
de su miedo, lo atrapo.
Su coraza lajeada
de espiguilla, de guerrero,
se eriza. Le soplo, voltea la cabeza.
Al acercarlo a mi oído
se agita a contraescama.
Destapo la prisión, salta,
corre entre las piedras pálidas.
Al seguir la carrera de un segundo
mis ojos encuentran un peyote
tras la huida.

3.

Junto al primer botón
tejo un cerco de hilos
-color desierto, pentágono de camaleones.
Una hoja invertida de maguey
para prender la vela.

Llama, lluvia.
Corazón rojo de una vaina cenicienta.
Sobre las flores del paliacate
los peyotes: verdes rehiletes con pelusa.

4.

Un caracol en el desierto.
Al agacharme, las yucas crecen.
Bajo un huizache compartimos
la humedad del pasto con las moscas.
El viento se enreda en remolinos.
La concha suena -envidiosa, nostálgica,
eco del viajero que se aleja dando vueltas.

5.

Desde un antiguo sueño
el buho me sobrevuela.
Protejo mi cabeza.
Siento su grito atenazarme de la nuca.

6.

Con una espina de maguey
coso tus orillas hacia el centro.

Con las piernas enlazadas.
formamos un aro con múltiples resquicios.

La luz teje redes de sombras
bajo nuestro abrazo.

7.

Estas biznagas son cúpulas
en la casa de los muertos.
Por sus espinas quebradas
se cuelan los luceros.
Cantos mellados al pie de Cauyumari.
Cortamos un trozo y lo comemos.
La cuesta sabe a palo y tierra.
Sobre las piedras lisas se lava el viento frío.
Vemos la única constelación que conocemos,
la señalamos con distintos nombres.

8.

En el hueco
escurren las velas.
El aire las ladea y las apaga
ponemos pastos entre ellas
y se prestan fuego,
alumbran en un breve triángulo.
Sobre la tierra, la cera arde,
vibra en flujos azules y rojizos.
—Déjalas morir.
Un vidrio color ámbar
refleja los rezos que se extinguen.
Mis ojos chisporrotean.
Mi garganta escucha.

9.

Las estrellas espinan
y la noche se abre poco a poco.
Una doble cinta de piedras blancas
nos guía. Somos la mirada
desde la ventanilla de los trenes.
Las paralelas se cuadriculan y deslumbran
en cada encrucijada.

10.

Masticas con un ritmo
y la tierra camina entre los dientes.
Entre las piedras sueltas
acoplamos los pasos con el pulso.

Un batir de tambores
sube por las suelas.

11. Coyote

Abro los brazos pero el aire no me orienta.
Las montañas, el pueblo con camino de
luciérnaga.
Alzas la cara,
aúllo a una luna ausente.
Dos estrellas fugaces caen, desprendidas por el
grito,
concediendo un deseo a cada uno.
No puedo formular el mío,
desde esta sorpresa, agazapada.

Tercer día. Sábado. Día de la Santa Cruz

1.

Una campana,
unos chivos,
la casa.
Los perros ladran
al miedo
o a la providencia.
Otros responden
sin dejar caer a tierra
la noticia de nuestra llegada.
Encontramos el resguardo.
Las estrellas atraviesan
las tejas de los techos.

2.

La puerta abierta a la noche que termina.
Desaparecen los linderos
del cielo y el desierto.
Las patas de los burros arrastran un caudal de
chispas.
Los cantos se agitan
bajo pezuñas mancuernadas.

3.

Dos sueños inquietos
bordean mi vigilia
de oropel y diamantina.
El alba helada
desde su tul de seda
se viste de odalisca,

A mi lado arropas
tu frío con mi risa.

4.
Tecito de yerba de San Nicolás,
calostros de cabra,
frijoles que dejan polvo y paja entre mis
palmas.
-Para ser su mujer, todo está en serlo-
aconseja la doña que rige
sobre un hato de cabras
y media docena de hijos en ayunas.

5.
La sequía nos permite entrar
a los pliegues de la piedra
donde golpea el arroyo cuando baja.
Liquen y musgo son maqueta
de mesas, barrancas y cañadas.
Una libélula detiene el vuelo:
es diapasón en el hueco de luz,
bajo el mezquite.
Un violín acompaña al tambor:
pasos sobre la roca, hace horas.

6.
Escapa el águila.
Bajo sus alas, tus ojos
apenas mancha junto a un río sin agua.

7.
Veo la sangre correr bajo tu piel.
Veo tus pupilas abiertas en el fondo arenoso de
tus ojos.
Entramos de frente a la mirada del otro
sin saber qué completa el paisaje tras nosotros
ni señal de qué somos en aquella ruta.

8.
El hombre aparta la planta
para enseñarnos un peyote.
Regresa lentamente, vuelve a pisarla.
La oigo quebrarse en estrías leñosas.
Tu confianza parlotea,
no oye el crujido del huarache
en mi cuello, como un golpe.

9.

Junto al fuego
burbotean la invitación y la alegría.
Nos sentamos ante la mesa baja.
Agradezco la penumbra y el cobijo.
El atole es caliente
(como afuera)
de maíz blanco
(como las sonrisas).

10.

Regresar siempre es más corto.
Nos esperan los gritos
impacientes de los niños.
-Tanta yerba del conejo recogimos-
que criamos una chiva,
que tuvo un chivito,
que tenía tanta leche,
que se cuajó en un queso.

Lo partimos ante ojos rasgados
y bocas que tapan con la mano
la risa y la incredulidad.

11.

De noche casi
junto a la vía,
un tren a tus espaldas
te ensarta en su carrera.
Al voltear
su luz última escapa por tu oído.
No viste a los pasajeros
decir adiós desde tus ojos.

12.

El coche es guerrero, cuesta arriba,
en el camino empedrado.
El volante choca. Su ritmo
enlaza a mi canto
cordones franciscanos, biznagas,
sayales, espinas y palomas.
Afuera, llueve sobre los conejos.

13.

La montaña y sus arbustos
son el cielo y sus nubes
cuando giran la cúpula de la noche y del camino.

Los faros üuminan palmas y constelaciones.
En una jicara invertida
da vueltas el paisaje en dos bandas rápidas
-cintas de luz y canto
se desenredan en el camino hacia Catorce.
Soy canica detenida
por la fuerza centrífuga de una gran rueda de
agua.

14.
Son las vetas interiores de una biznaga
o de un bule de vientre blando y afelpado.
Es una inmensa columna vertebral con sus
costillas.
Es el espinazo recorrido por Jonás -el de la
Biblia.
Son los arcos sucesivos de la pesadilla.
Son las sonajas del piso, en el recinto del eco.
Son los flancos de la montaña y sus vetas
minerales.
Es la entraña abovedada cuando siente espasmos.
Pero en el túnel mismo, recorro un largo miedo
sin imágenes.

Cuarto día. Domingo

1.
Junto al camino que se hunde
las piedras vistas de reojo
suben y forman tecorrales.
En ellos rebota mi canción, como zumbido.
Al regresar, se ata a la cintura.
Desde el vientre baja
la luz
hasta los pasos.

2.
Piedras anaranjadas,
lilas,
blancas.
Las lajas son partitura
de mis pies.
Piso las melodías.

3.

La arena es negra
bajo el álamo.
Su corteza añosa es morada
de los buhos.
Su fronda tiene claros parpadeos contra el
 cielo.
El liquen traza una cruz
en una piedra,
intermitente como las hojas
se riza en pálidas escamas:
espejo de azogue,
ñérica.

4.

Una palma imanta
la luz del mediodía en la cañada.
Una piedra ahuecada
bebe la lluvia de la noche.
Andamos su perímetro
en medios círculos inversos.
El sol es yuca
que los dedos quiebran en el agua.
Dentro, una piedra redonda,
brote tierno, gota sólida,
abalorio a contraluz.
Susurro un nuevo nombre sobre tu cabeza
y escurre entre mis dedos.
Ignoro el que se enreda en mi pelo
y baja a mi boca
desde tus manos ahuecadas.
Sobre el último campo cercado
vuela la campanada de la misa dominguera.

5.

Las biznagas llaman con su grito dulce.
No ves las frutas, sigues mis dedos entre las
 espinas.
Tu lengua se tiñe de pitahayas.
En tu sonrisa
un crujido de semillas pequeñísimas.

6.

Un sol de piedra,
con su halo de piedra.
Ha nacido en El Quemado
para alumbrar el valle.

Abajo
llueve, clarea, se enredan luz y sombra y agua.
Una vaca y su becerro.
Veo la oreja mojarse bajo la lengua de la madre
adivino la que se prende, ahuecada, de la teta.

7.
Estoy bajo la sombra única de una yuca.
Te oigo llegar, siento tu abrazo.
Atrás de mí, adivino en tu cara una aureola
oscura.
Las faldas parchadas del valle,
las costuras que lo cruzan,
los jirones de lluvia,
las agujas de luz.
Hasta donde alcanza la vista, Viricuta.

8.
Culebras de agua
desde las bóvedas oscuras.
Rayos silenciosos.
Y desde el suelo, un sauco sube hasta mi olfato.

9.
Eres otro, ajeno, fuera.
Miras mis manos
y el cerro amarillea de saucos.
Con las hojas, dentadas
de las palmas
hacemos canoas olorosas.
Cruzaremos las tormentas,
navegaremos en todo diluvio.

10.
Hay cera de Campeche con chaquiras
En la piedra, dulces,
una vela simulada
(ahueco las manos para proteger su flama).
Palmas tiernas
coronando los botones. El viento
arrastrada sal y las plegarias.
Una lagartija cruza y descruza, nuestra ofrenda.
Comienza a llover.

11.
Entre círculos de piedra
nos acurrucamos.

El agua nos enfría los dedos,
el viento da vueltas y se cuela.
La borla de mi sombrero es flor amarilla y
macerada.
Tenemos el pecho seco
pues uno a otro nos hemos resguardado.
Después de empaparnos,
la tarde suelta su sol
sobre la ropa mojada
y las espaldas que descienden.

12.
El camino alinea las vetas de piedra:
corteza de oyamel,
piel de reptil,
falda de cintas,
y el que pise raya pierde.

13.
Huele a pirú este pueblo en ruinas.
Las campanadas anuncian el rosario.
Anochece el equinoccio
y pisamos nuestras sombras.
Dentro de las casas de adobe carcomido
los últimos rayos colorean los cuartos
invadidos por domésticos nopales.

14.
Tardamos en las manchas de los muros
y las tiendas. El templo está cerrado.
Un relámpago flamea en el patio.
Antes del trueno, arrodillados
nos declaramos devotos, en segundos,
del santo San Francisco, de los laureles,
de los antepasados.

Quinto día. Lunes

1.
Nos despeñamos ladera abajo.
El miedo azota el parabrisas,
la niebla nos emborriona.
Basta llegar a la gasolinería
para recuperar el gozo.
Matehuala/San Luis/Querétaro.
Aquí, un incendio nos saluda:
del otro lado de la carretera

en el espejo de un jagüey
el sol despeina con desparpajo
su cabellera colorada.

2.
Quedan el sabor
el cansancio.
la canción.
Entras
al decir
en voz baja
palabras que hablan
en mi sueño.

3.
Coyotes, zorrillos, cuervos y conejos.
Águilas y lagartijas,
buhos, camaleones.
La luz...
-Todo el tiempo supe que cantabas.

CUESTA ARRIBA

1.

Por ti se llega al sur
por ti. El alba iza sus velas desde la vigilia.
Se encienden aleteos detrás de la ventana,
sobre los follajes, desde la garganta.
La lengua cubre su órbita en el arco de tu
vientre, alzado en armas tras señales
húmedas.
Por ti el sol gotea, sobre el oriente, desde la
cuadrícula de tus tragaluces.

2

Por ti los dedos aprendieron la escritura del
escalofrío sobre los muslos.
Por ti la luna duerme a mis espaldas su conejo
pálido y sin sombras.
Piso la arena sin hundirme mientras las piedras
ruedan por los precipicios.
Los besos del cenote —pequeños mares con flujos
escondidos que inflaman la cara espejeante
al plenilunio.
Por ti los sonidos de la noche, los perros a la
burla
de mi espera, anunciando una vez, otra, tu
llegada a orillas
de mi insomnio atento.

3.

Por ti: el calor en los mapas que guarda la
palmade mi mano.
Por ti: un insecto luminoso entre las piedras
pregonando
—¿qué pregonaba con su frágil neón en el
quicio
de tu puerta?
Por ti: los rápidos, la espuma siseando en los
playones,
el eco vibrante de los sapos a orillas de
los afluentes
en la noche.
Los muertos en santa y breve paz, asomados a
sus ofrendas
ante los altares, junto a velas y
guirnalda amarillas.

4.

Por ti se anuda en amuletos la fe de los
rituales y los rezos.
Y la biznaga, como una vez en mayo, hace colgar
estambres
fuera de su corola solferina.
Y tempestades, incendios y granizo sobre la
ruta,
donde un arcoiris doble corre frente al
coche
hasta borrarse en el atardecer lluvioso.
Y la espera sin olvido, que brota en un sollozo
alto, salado, repentino, bocanada de las
ballenas en las aguas
de los mares interiores.
Y saber que, cuesta arriba, el sur..
Llegabas, ciertamente
-tal creíste.

UNA PASIÓN ME DOMINA

MANO DE TIGRE

Sobre la maqueta del Templo Mayor
soy Judas de mi cuerpo y mis denarios:
esta llovizna moja torres, ayuno y mediodía.
-El sueño no tiene ni un silencio- dices.
La plegaria no inmola, pues sin devoción nos
apostamos.

Sabemos la profecía que no cumplimos.
Narras las manchas pintadas en el muro,
hablo de peces que alucinan fronteras en el
agua.

Desde el hueco, una paloma emprende el vuelo.
Frente a nosotros, un perro rompe el charco y
bebe.

CANGREJO

Retrocedo, sí.

También podría ser
parábola
de la reproducción
del abrazo.

DESCONCIERTO SIDERAL

No hay memoria de mí en tu cuerpo,
en tu gesto, en tu tono.
Tu amnesia me hace comenzar de cero
—el árbol, la serpiente,
la manzana—
para que mires mi desnudez
sin esquivarla.
Tarareas;
la llave de sol
varía con la luna.
La seducción entra a la melodía
y dices con timbres claros
y desconcertantes:
a ratos en el cielo
las estrellas son acordes.

DEL MODO SUBJUNTIVO AL INDICATIVO

Si me hubiera sido dado
ser otra
me hubiera gustado serlo
contigo.

No me fue dado.

A ti tampoco.

Bajo tutela de San Judas
-señor de las causas imposibles-
deposito devota
mi fe
mi ayuno
mi alegría:
veladoras constantes de tu noche crédula.

EQUINOCCIO DE PRIMAVERA

La fantasía es prepotente
y su pecado es la soberbia.
No necesita explicar, pedir,
desear siquiera.
Idénticas mi piel, tu caricia
y la huella de tu roce.
Susurras y vuelves, remolino.
El sol tensa su arco y lanza coleópteros al
aire,
abre su ruta con zumbidos.
He llenado la cuenta de los días iguales
con ruedas y flechas anudadas;
he comenzado la historia siendo feliz para
siempre.
El érase una vez, de los principios
es todavía lejano y prescindible.

CONSEJOS DE UN AMIGO

Antes de conocerte te
adiviné

Sedúcelo. Abrázalo apretado y cántale derecho.
Relata una sensualidad exuberante
y hazle creer que le incumbe su exacto
desempeño.
Dile que tus ojeras son memoria del harem
—no tu desvelo, tu edad (menos tu insomnio y
sus delirios).
Llévalo a una función de medianoche.
Lee con voz ronca tus poemas más cachondos
—como si a él los hubieras dedicado.
Invítalo a tu casa, ve a la suya:
la cercanía de un lecho, de una intimidad ajena,
conllevan la tentación de profanarse.
Déjale entrever el festín que se aproxima,
prepara de comer cosas sabrosas.
Haz alianzas con sus ambigüedades
apela a su vanidad. No lo acórrales.
Que crea que te ha conquistado con sus méritos
—no que debe llenar huecos de aguas estancadas
que lo ahoguen
o cruzar territorios encendidos que lo quemen.
Úntate pociones con olores vagos,
incluyelo en rituales de los cuales se crea
destinatario,
rétales, halágalo, procura la media luz
(a tu edad, siempre más favorable).
Ofrécele una copa, tómale otra.
Habla, hazlo reír —la risa.
Calla también, resulta misteriosa, ten secretos.
Invítalo a lugares que luego vincule a tu
recuerdo.
Ahora, como le gusten gordas, te chingaste,
hija.

DESPEDIDAS

Despido a la buena mujer
-sus lienzos limpios
completos los botones-
a la mujer sensata.

Despido a la madre, abnegada
-retratos de los niños en la bolsa
boletas de depósitos en firme
valores a plazo fijo.

Despido a la mujer hormiga
-acarrea víveres a la cocina
y las entrañas, jabones,
la de los pechos enormes de alacena.

Despido a la archivista
-orden alfabético, tarjetas, notas al pie
curricular y subrayada:
odio su diligencia.

Despido a la que dibuja
la orilla de su mirada después del desayuno,
calienta el coche, mira por los retrovisores
sortea el tránsito.

Despido a la sensual
-lujuria sobre tacones afilados,
linda figura, ceñido el cinturón
por las miradas.

Despido a la que da vueltas en la cama
entretiene la pasión, lee novelas,
canta boleros, no conoce a su marido
los viernes de quincena.

Despido a la de atrás de cada hombre
-cajones ordenados, cuentas que checan,
la sala y las visitas,
sonríe desde las fotografías.

Ensimismada
nocturna, despojada
ante la tinta. Los renglones.
La soledad aúlla en las voces de los perros
y agita el sueño de todas las mujeres
que sin piedad me hunden, roban mi vuelo

con su sólido, deseado, imposible flujo
por los días
-de tal manera ajena.

LA MUJER DEL ARTESANO

Para contrarrestar tu nostalgia por los mares,
para menguar tus decepciones
—en las playas sucias y lodosas de tu infancia
sólo hay conchas raídas como botones ya
gastados—
recorrí cajones de tiendas y vitrinas de
coleccionistas.
O, más modesta, puestos de mariscos y
pescaderías.
Conocí la anatomía del crustáceo y del cangrejo,
sus pliegues flexibles y sus coyunturas,
los bosques de percebes y sus copas nacaradas.
Vacíé para ti a esos personajes, amé su olor a
yodo
—su carne fue a las sopas y a las ensaladas.
Conspiré con las hormigas para llegar a
impenetrables huecos.
Desnudé tortugas. Puse patas y pinzas al sol,
cuidándolas de la astucia y la glotonería del
zanate.

De mi cocina hiciste siempre un estropicio:
en las hornillas corrieron ceras y barnices,
me fueron hurtados rodillos, piedras de
molcajete y coladeras.
Amasé polvos de colores, di con la mano del
metate
a duras piedras de cal empecinadas, renuncié a
cuchillos, palas, tablas de picar.
Los vasos se llenaron de aguas cada vez más
grises,
en ellos el ruido de pinceles
arremedó el tintineo de las cucharas endulzando
los brebajes.

Dibujaste rayas indelebles en sábanas y duelas,
virutas coloridas y aceitosas se pegaron del
mijo de la escoba.
Trapear era una sorda lucha contra un terco
rastros de arcoiris,
cubetas y mechudos se riñeron tras mi paso
mojado en el mosaico.
Desaparecieron las telas de mi canasta de
costura —¡y las tijeras!
En los baños, los abrasivos intentaban llegar
al fondo de tus uñas;

tuve una marca de color en el lavabo. A ratos
la pasión
llevó olor de aceite; aroma de aguarrás
anunciaba en mi sueño tu venida.

Seduje al carnicero para traer pliegos de
estraza hasta tu mesa
—sedientos bebieron de inmediato las tintas y
las líneas.

Desgajé el abrigo fibroso de la palma,
limpié la pelusa de las jicaras,
llegué con machetes al duro corazón del coco,
saqué pastas de tubos y con las yemas de los
dedos
alisé las vetas de las tablas. Pulí con piedras,
remojé el papel hasta su punto.

Vi las texturas de la casa con los ojos
soberbios de quien puede
deshilarlas.

Enhebré en bordados, caminé por los polvos y
los lodos.

Largos años fui la mujer de un artesano.
Miré la tarde improvisar vitrales al chocar
sobre los frascos de las tintas.
Recuerdo haberte amado con mis manos.

MIÉRCOLES

Hacia la A del centro de tu
nombre

Mercurio es tu planeta, mercadela tu flor,
miércoles tu día.
El azogue es tu elemento. Pesado, se amalgama
con metales preciosos,
se atrapa a sí mismo, se dispersa en cuentas
infinitas, inasibles.
Es líquido vivo, helada tentación al tacto,
aguadura, veneno.

Debajo de la cintura tintinaban en la noche las
luces mercuriales;
el alba pintaba anaranjados los huecos sobre el
plexo solar.
El Sol en Escorpión, Mercurio en conjunción con
Saturno
—visible a simple vista después del crepúsculo,
al lado izquierdo de la bóveda celeste.
Los latidos se desacompararon agitados de
miércoles:
un eclipse total de luna fue visible solamente
en el hemisferio opuesto.

Para los miércoles inventé antecedentes,
laberintos, juegos.
El primero —y hasta la mañana del siguiente
jueves—
una mancha de tinta (tu pluma escurre) recorrió
con mis dedos
un placer amodorrado.
Prometí por la comisura de tus labios
intentarlo, de nuevo
—de hoy en ocho.
Otros días, a ratos, se me desparramaba el
miércoles
por encima del pocillo;
desbordada y rebosante repetía el nombre de
este día
por los de junto.
Los miércoles me separaba de otros días.

Así habrán tocado, decías sin avalar el rito,
rozando

de refilón las aristas de la profecía.
En la tarde; ahuecaste las manos arremedando
las casas del desierto,
hablaste de pasto deshilvanado y dijiste: puras
figuraciones tuyas.
Y tu abrazo, en la calle, era fresco y sólido
como vivienda
de adobe sobre mi hombro.
Tracé un círculo alrededor del hueso de tu
muñeca
con el dedo pensando
que por allí anidaría un miércoles, de hábito
mercedario.

Tus ojos eran de un color más vago los
miércoles por la mañana. Decías de algún
dragón.
Y a ratos destejías el miedo y prometías vuelo
y fuego una vez a la semana.
Recé pidiendo concordancia en los ritmos:
tiempo, paciencia, ciencia y pasión al
paso de las novenas por los atrios.
Insiste, decías, afiánzate a tus miércoles y tu
ayuno será retribuido.

Esos días, hubiera emprendido contiendas a tu
nombre.
Un flujo oscuro ató una semana a otra, con él
intenté cavar en los cauces de tu sangre.
Y luego, conforme avanzaba el frío,
el sol ofreció un enorme plato de oro a los
comensales mañaneros.

Acicalé y. vestí para ti mis miércoles, los
limpié de polvo y paja,
los mandé por los hilos del teléfono a tu
encuentro,
intenté meterlos en un sobre, apresarlos bajo
un libro grueso. Se resistieron.
Los repasé de memoria. Repetí sus palabras
tristes en el rosario del
jueves por la tarde,
encontré razones secretas para que fueran
miércoles los viernes,
los puse a descansar los sábados y los domingos,
quise rebasar el espectro de sus horas y fue en
vano:

sólo los miércoles fueron miércoles.

Languidece ahora sin quehacer la alegría
sin días parteaguas ni asombro ante el espejo.
Mi pelo ya no es miércoles bajo tu mano.

Llenamos los días de ocupaciones.
Vistos con recelo de martes, desconfías de mis
aspavientos miercoleros.
Y el miércoles, cuenta de ámbar naranja y
redonda
que reposaba entre mis pechos,
pendular por su acento, con sus tres días
guardándole los flancos,
dejó de adornar con su nombre mi almanaque.

Se me escurren los miércoles entre los dedos
(dije que si olvidabas tampoco yo recordaría).
Renuncié a meterme al corazón de la semana
en el ombligo de los días que llevan mensajes
sobre los pies alados.
En su acento central había engarzado las
cuentas calendáricas:
junto a cada miércoles, que los atrajo como
embudo,
estuvieron jueves ausentes, viernes sin carne,
sábados languideciendo hacia un domingo,
lunes emprendedores y martes que anticipaban
otro miércoles.

Optas por semanas sin ondulación ni recoveco
pasar de largo al jueves, cerrar los ojos a la
insolencia florida y clara
de una tarde de miércoles de octubre o de
noviembre
con sus flores de muerto y sus calabazas dulces.
Quitás el día de tus agendas, dejás marchitar
las mercadelas
de tu educación sentimental,
vuelves a escribir con nitidez tu nombre a lo
largo de los días
y hay una A donde alguna vez habías escrito el
mío.
Pasado su perihelio, dejó de girar en los
caracoles de tus dedos.

Lo mismo da, para el caso, un lunes o un
domingo

pues ya no abrocho mis miércoles contigo.
Empeñaré mis días —hasta los miércoles,
palabra—
con otros habitantes,
entraré con cautela a las madrugadas de los
martes desvelados.
Suspiraré los lunes. El día, sí es nublado, no
se dará cuenta de ser miércoles.
Me arroparé, no juraré los miércoles en vano.
No diré a nadie que las esdrújulas me duelen,
que no logro desdecirme de tanta ingenuidad
atolondrada.
Narraré el equívoco enorme de los días,
teorizaré
sobre las virtudes y alquimias del mercurio,
armaré
mis hipótesis sobre los siete días.
Alcanzaré rápida los jueves o tomaré de dos en
dos
los martes como si fueran pildoras de homeópata.
Las horas de luz cada vez más escasa se
llevarán pronto
las tardes y su nostalgia plañidera de ser
miércoles.

Desdoblaré los días y taparé con tinta los
miércoles que transcurrieron,
no apuntaré su largo nombre en mi cuaderno para
confundir su M con un martes,
diré que nunca fuimos miércoles, que no hay por
qué tomarlo tan a pecho.
Pondré mi afán entero en prevenir su asalto.
Estoy curada de miércoles tendré que creer cada
semana.
El anaranjado de sus soles tempraneros es caro
como el azafrán, como el mercurio.
Pintaré sus orillas de rencor rojo, como las
mercadelas.
No te los merecías.

ÍNDICE

HUELLAS EN EL PAISAJE

Jesús María

Aura

Nueva Inglaterra

Paisaje de oídas

El mangle se refleja y se copia, exuberante

Querétaro

Semana Santa

Aves negras

El mirlo pasa

La fe desperdigada

Paisaje con luna

La mariposa busca

La ensalada

Siesta

Tlalpan

No hace verano

La Conchita

Hoy empezó ayer

Sobre el piso rojo

UTOPIA

I. Dedicatoria

II. No hay tal lugar

III. Un cuarto menguante

IV. Santidad.

V. Jardín del Paraíso, Parque San Martín

VI. Llegar a la meta

VII. Jardín botánico

VIII. Jardín zoológico

IX. Casas siderales

X. Metamorfosis

XI. Milenio

BITÁCORAS

Bitácora del Diluvio

Santa Cruz en El Quemado

Cuesta arriba

UNA PASIÓN ME DOMINA

Mano de tigre

Cangrejo

Desconcierto sideral

Del modo subjuntivo al indicativo

Bajo tutela de San Judas

Equinoccio de primavera

Consejos de un amigo
Despedidas
La mujer del artesano
Miércoles

Una pasión me domina, de Elisa Ramírez
Castañeda, se terminó de imprimir en
octubre de 1989 bajo la producción y
supervisión de Ocelote, Servicios
editoriales, S.A. de C.V, Juárez 59-7,
Tlacopac, San Ángel 01040 D.F. Se tiraron
1 000 ejemplares.